

EXAMEN DE LIBROS

Josefina MURIEL: *Cultura femenina novohispana*, México, UNAM, 1982 (Instituto de Investigaciones Históricas), 548 pp.

Josefina Muriel, que tanto conoce de monjas y conventos, beatas y recogimientos, niñas y colegios de la época colonial, presenta en su último libro una interesante galería de mujeres novohispanas. Se trata de mujeres que asimilaron la tradición cultural española y, dentro de ella, dejaron testimonio de sus inquietudes intelectuales, en impresos y manuscritos que hoy son rescatados del olvido, gracias a un excelente trabajo de investigación.

La búsqueda y selección de libros y documentos, la indagación en bibliotecas públicas y privadas ya significaría un excelente y utilísimo trabajo digno del mayor elogio. Pero *Cultura femenina novohispana* es algo mucho más interesante que una valiosa recopilación de textos y noticias biográficas. Ya la autora advierte que no pretende limitarse a ofrecer una "fría antología", sino que los textos han de servir de apoyo para un estudio más profundo de la vida y de la mentalidad femenina de la Nueva España. Tampoco se le escapa el hecho de que su obra habrá de propiciar nuevas investigaciones y ayudar a aclarar aspectos del cuadro, todavía incompleto, de la vida y de la sociedad novohispana.

Es importante aclarar el concepto de cultura a que se refiere el libro, que podría desconcertar a quienes están acostumbrados a considerar los fenómenos culturales como algo mucho más amplio que las simples manifestaciones intelectuales y más específicamente literarias. En el prólogo advierte que se trata de darnos a conocer lo que escribieron y cómo lo hicieron quienes "fueron las activas transmisoras de los valores culturales que constituyeron su mundo, esos que todavía llegan a nosotros tan hondamente como al alma penetran las aguas del bautismo".¹ Consecuentemente con esta finalidad, la mayor parte de la obra —de la página 44 a la 474— está dedicada, precisamente, a las mujeres escritoras. Unas notas complementarias —poco más de diez páginas— mencionan la existencia de mujeres que se ocuparon en la música, la pintura, la escultura, el bordado y las matemáticas. Unas

¹ "Prólogo", p. 9.

y otras pudieron llamarse cultas, en el sentido popular de la expresión, porque dispusieron de ocio —y medios económicos— para cultivar su habilidad de determinadas actividades que entonces, y aun ahora, se rodeaban de cierto prestigio en la sociedad. En todo caso, lo que las caracteriza en su adhesión al modelo cultural español-católico-contrarreformista.

El que Josefina Muriel no mencione explícitamente otros aspectos de la cultura no significa que nada aporte para su estudio; muy al contrario, cosmovisión, tecnología, relaciones económicas, organización familiar, instituciones sociales, vida religiosa, etc., son manifestaciones culturales de una misma realidad y como tal se proyectan en las páginas escritas por las mujeres de la colonia. Las obras estudiadas hablan de la importancia de la fe, de “la profunda influencia de la Iglesia en la vida social novohispana”,² del ideal femenino, de la posición de la mujer en la sociedad y de la influencia de una determinada ideología, cuya importancia se destaca, sobre todo, al concluir: “Así entendemos a través de ellas cómo esos valores constituyen un estilo de vida, el novohispano, que es parte de nuestra historia.”³ Muy sugerente esta afirmación, porque la cultura es algo dinámico y el curso de la historia es el proceso de construcción de los valores y la degeneración consiguiente de los mismos. La capacidad de comprensión del proceso evolutivo de los valores es un paso decisivo en el conocimiento histórico. A cada tipo de tecnología corresponde una filosofía o actitud cultural y cualquier testimonio de un aspecto de ésta es enriquecedor para el estudio de la totalidad. Por ello es particularmente interesante la lectura de estas páginas, las de Josefina Muriel y las de las criollas escritoras.

Dentro del capítulo III se mencionan algunas biografías y sermones panegíricos, material sumamente valioso y muy poco conocido hasta el momento, que proyecta la imagen de la mujer ideal, del prototipo de la mujer cristiana, según el discurso eclesiástico novohispano. La evolución histórica puede apreciarse en circunstancias como la de que en el siglo XVI predominan los elogios de mujeres indígenas virtuosas, mientras que en el XVIII ya son las criollas las que ocupan el primer lugar.⁴ Las virtudes más apreciadas en los primeros años de la vida colonial son la honestidad, la humildad, la modestia y, junto con ellas,

² p. 505.

³ p. 506.

⁴ p. 28.

la generosidad, el espíritu de pobreza, el desprendimiento de los bienes materiales. En los últimos años de la Nueva España, finales del XVIII y comienzos del XIX, junto a la invariable castidad aparece ya el elogio de la buena administradora, la mujer laboriosa, previsora y limosnera; en suma, el modelo a seguir por una sociedad de transición, en la que se anunciaban los principios rectores del capitalismo y del ascenso de la burguesía. Las biografías como relatos ejemplares, alentadores de la conservación de la situación social imperante, demostraban:

. . . que se podía ser rico sin ser avaro, ser rico y ser justo, ser rico y despreciar los placeres superfluos de la riqueza, poseer gran fortuna y ser de ella sólo el administrador de los bienes de los pobres.⁵

Clara manifestación de la fórmula ilustrada que justifica el enriquecimiento por el trabajo y la limosna como transacción en el "negocio" de la salvación del alma.

La biografía de la "china poblana" Catharina de San Juan, es un ejemplo notable, al que, sin embargo, el libro no dedica mucha atención, por no tratarse de una mujer "culta" ni mucho menos literata. Pero, el texto mismo de la biografía y la influencia que alcanzó es ya un fenómeno cultural. Personaje del siglo XVII, su biografía fue muy divulgada y alcanzó gran éxito durante un tiempo, para ser años más tarde prohibida por la Inquisición.

La autora hace resaltar de manera especial algunos párrafos de gran viveza expresiva y valor histórico que se encuentran en las crónicas de los conventos escritas por las mismas religiosas.⁶ Tales son los que manifiestan la rivalidad entre gachupinas "noveleras" y "ambiciosas" y criollas "regalonas" y "chocolateras"; también la descripción de la vida ascética en beaterios, colegios y conventos, la ingenua confianza en los milagros y la actitud de las autoridades civiles que prestaban su ayuda a tales establecimientos "como bien público".⁷

En las biografías de las indias caciques de Corpus Christi destaca el predominio de los intereses espirituales y el olvido de las realizaciones materiales que tanto enorgullecían a otras religiosas⁸ y la exalta-

⁵ p. 42.

⁶ p. 69.

⁷ p. 71.

⁸ p. 101.

ción de la nobleza indígena, que, al margen de ambiciones políticas, conservaba la tradición prehispánica y quizá también recibía la influencia dieciochesca de recuperación del pasado prehispánico.

En los albores del siglo de las luces se perfila ya la ambivalencia del espíritu religioso, entre la contemplación mística y la laboriosidad diligente. La sentencia evangélica: "escogió la mejor parte" ya no parece tan justificada al favorecer a la inactiva María cuando en la crónica de Santa Rosa de Viterbo, beaterio de Querétaro, se relata la vida de la madre de la fundadora, trabajadora incansable, atenta a las necesidades de sus hijas, para que ellas pudieran dedicarse íntegramente a la vida contemplativa. A los ojos de la cronista no está muy claro cuál de los dos comportamientos es la verdadera vida de perfección.

Al referirse a las criollas y las indias, las monjas y las seglares, las mujeres del xvi y las del xix, la autora admira la homogeneidad de aspiraciones y sentimientos: "todas moviéndose según su propio estilo dentro de la misma cultura, bajo los mismos impulsos y sobre idénticos valores",⁹ manifestación reveladora de la presión unificadora de la religión, pese a las diferencias de matices que, indudablemente, se encuentran. Y en la misma línea que manifiesta la importancia de la Iglesia como instrumento del poder, se encuentran las expresiones de entusiasmo de las indias ante la conquista española, ya que, gracias a ella, pudieron conocer la verdadera fe y esperar la salvación de sus almas:

Discurría para sí que esta felicidad le había venido por haberse efectuado la conquista de estos reinos, por lo que daba gracias a Dios. . .
 "Yo soy cristiana por la gracia de Dios y hará trescientos años ¿qué eran mis abuelos, mis ascendientes? ¡Ay de lo que me libró Dios!"¹⁰

Terminado el capítulo de las mujeres cronistas la autora pasa a ocuparse de las poetisas, a quienes dedica la mayor parte de la obra y entre las que no podía faltar Sor Juana Inés de la Cruz, figura de irresistible atractivo y múltiples facetas. Curiosamente lo que aquí se resalta no es lo que más ha llamado la atención de sus biógrafos: su originalidad, su rebeldía, sus contradictorios sentimientos; sino precisamente lo contrario: su ortodoxia, su fiel sumisión a la regla que había profe-

⁹ p. 108.

¹⁰ p. 233.

sado, su adhesión a la religiosidad de la época, su devoción a la Inmaculada Concepción movida por su confesor y también, claro está, su barroquismo, sus méritos literarios y su participación en certámenes poéticos. La admiración por la vida piadosa de la "décima musa" lleva a Josefina Muriel a elogiar "las profundas vibraciones del amor divino", su "profunda vida de fe", su "apasionado marianismo"¹¹ y aun su legítimo interés en la teología, pese al testimonio de contemporáneos tan allegados a ella como el obispo Santa Cruz que ostensiblemente dudó de su dedicación a los estudios teológicos.

Una gran parte de las composiciones poéticas de pluma femenina que se conservan, corresponden a los certámenes literarios del siglo XVIII. Los requerimientos de los concursos, del más complicado barroquismo, satisfacían los gustos de lectores y participantes, más capacitados, quizá, para disfrutar la sumisión a las reglas de un juego ordenado que para atreverse a dejar en libertad su sensibilidad e inclinación poética. Los concursos literarios eran, pues, un trasunto de la vida barroca, en que cada individuo conocía su lugar y sus obligaciones y donde las menores transgresiones serían castigadas en todo caso con el rechazo social.

Los ejemplos de literatura mística son, en ciertos aspectos, más reveladores que las crónicas o poesías. Las autoras podían dar libertad a la expresión de sus sentimientos y la fidelidad a los modelos de literatura mística conocidos por ellas podía servirles de inspiración pero no de barrera. Sin alcanzar las cumbres estéticas de la mística española del siglo de oro, los escritos de las mujeres novohispanas son un eco, carente de originalidad, pero valioso como testimonio de una mentalidad y de un ideal de vida. La autora advierte oportunamente la influencia dominante de los confesores jesuitas en la espiritualidad de las religiosas. El dualismo de la Compañía de Jesús permitía que simultáneamente se desarrollasen tendencias aparentemente contradictorias como el intelectualismo y el humanismo de algunos de sus miembros y el fomento de los éxtasis y arrebatos místicos de sus penitentes.

A manera de conclusión, en las últimas páginas, se pasa revista a las autoras mencionadas, criollas en abrumadora mayoría y procedentes casi todas de familias en situación económica desahogada. El comentario sobre la educación femenina insiste sobre el elitismo de la cultura intelectual y la influencia del crecimiento de las ciudades como núcleos de inquietudes literarias. El análisis de la temática de las obras mues-

¹¹ p. 236.

tra el predominio de la poesía —religiosa en primer término y de circunstancias en segundo lugar— acompañada de las crónicas conventuales y biografías piadosas. La presencia del demonio, constante en las obras de devoción de los siglos XVI y XVII, va retirándose discretamente en el XVIII, cuando su figura comienza a desacreditarse ante los avances del racionalismo.

Es de admirar en una acreditada investigadora del siglo XX su capacidad de asimilación a la mentalidad contrarreformista que describe y que llega casi a la identificación con los ideales de la época estudiada. Los méritos que se resaltan en todas estas mujeres las harían dignas de figurar en las "bibliotecas" de Beristáin o Eguiara y Eguren, de acuerdo con el mismo criterio de exaltación de la espiritualidad y adaptación a las normas establecidas. Ellas son testigos con voz propia de lo que la sociedad colonial consideraba digno de aprecio, al mismo tiempo que confirman, para su tiempo y su ambiente, que los procesos culturales se derivan inevitablemente de las relaciones de trabajo. Por eso podemos conocer a las poetisas y a las místicas, mientras tantas mujeres "incultas" o iletradas quedan al margen; entre ellas estarían las indígenas y su papel trascendental en la fusión de elementos culturales prehispánicos y españoles; las negras y mulatas, nanas, cocineras o mozas de fonda y mesón; las hechiceras, curanderas o brujas —incluso las monjas "hierberas" de algunos conventos—; las criptojudías, conservadoras de su fe y su ritual y las "iluminadas" que no merecieron la aprobación del Santo Oficio; las que perpetuaron tradiciones ancestrales y las que asimilaron técnicas nuevas y creencias ajenas. Todas éstas son las que algún día podrán completar a nuestros ojos el panorama de la cultura femenina novohispana.

Pilar GONZALBO AIZPURU
El Colegio de México

Jim TUCK: *The Holy War in Los Altos. A regional analysis of Mexico's cristero rebellion*. Tucson, Arizona, University of Arizona Press, 1982. XIII, 230 pp.

La Guerra Santa en Los Altos, un análisis regional de las causas, el origen y el desarrollo del movimiento cristero en Los Altos de Jalisco es el que nos presenta el autor en la obra que ahora reseñamos. Tanto